

Fortunata y Jacinta: una aproximación a la vida cotidiana del Madrid decimonónico

Alicia LANGA LAORGA
Universidad Complutense de Madrid
alanga@ghis.ucm.es

1. Introducción

La elección de la novela de Galdós, *Fortunata y Jacinta*, como fuente de análisis de la vida cotidiana madrileña del último tercio del siglo XIX, tiene una explicación muy evidente. Por un lado, Galdós describe de forma magistral ese Madrid a cuya investigación ha dedicado el profesor Fernández mucho tiempo de trabajo. Y, por otro, el escritor se muestra como un perfecto testigo de la vida cotidiana que tanto ha interesado a la profesora Gómez-Ferrer. Si a esto añadimos que para el conocimiento de nuestro objeto de estudio, la sociedad madrileña, se utiliza una obra literaria, en cuyo tratamiento metodológico me dirigió con gran acierto la propia Guadalupe hace ya bastantes años –aunque parece que fue ayer– sobran explicaciones adicionales para avalar el tema abordado.

Sin embargo, hay que reconocer que la obra de Pérez Galdós ha sido tratada de forma exhaustiva y, probablemente, *Fortunata y Jacinta* sea, entre sus numerosas novelas, una de las más analizadas desde todo tipo de enfoques. Por consiguiente, este artículo no pretende aportar nada nuevo desde el punto de vista de la crítica literaria, pero sí intentará, simplemente, esbozar una serie de pinceladas que nos permitan intuir las formas de vida de los habitantes de la Villa, en un Madrid mesocrático, plenamente integrado, pero en cierto modo ajeno al fasto de la Corte, y con vida propia, no sometida a la presión nobiliaria.

Ese Madrid mesocrático que determina el entorno de Jacinta y su familia, se articulaba en torno al pequeño y, en algunos casos no tan pequeño, comercio de artículos de consumo, yo diría incluso de lujo, que adquirían ciertos grupos sociales, por estar muy vinculados a la necesidad de hacer visible una posición social, a veces más deseada que real, elemento intrínseco a la mentalidad de las clases medias de finales del siglo XIX, y que aportaba buenos beneficios a sus vendedores.

Galdós realiza un importante trabajo comparativo entre este horizonte burgués y el espacio en el que se mueven las clases populares madrileñas –de donde procede *Fortunata*– que incorporan rasgos esenciales para comprender, en su totalidad, el Madrid del Sexenio.

El retrato galdosiano muestra pues una ciudad con pulso y vivencias propias, que no depende exclusivamente de su carácter de capital del Estado y sede de la Corte, sino que tiene vida social, costumbres, y ritmos, específicos de sus clases medias y populares y ajenos a la pompa, al lujo y al protocolo cortesano. Una ciudad donde en distancias reducidas, que pueden cubrirse perfectamente a pie, se ubican los

barrios burgueses y, a tiro de piedra, los insalubres y apiñados barrios populares. Una ciudad donde incluso, dicha estratificación social no aparece únicamente establecida por zonas bien diferenciadas según los distintos grupos sociales, sino organizada dentro de los mismos barrios y edificios, con una gradación en altura, quedando reservados los sótanos y las buhardillas para los grupos menos favorecidos, mientras que los pisos intermedios corresponderán a las clases medias y el piso denominado principal –lo que ya supone una designación muy clarificadora– se destinará a las familias acomodadas.

La edición utilizada para este trabajo es la aparecida en el año 2005, realizada por Julio Rodríguez Puértolas y publicada por Akal. Dicha edición cuenta con un exhaustivo Estudio Preliminar, de 248 páginas, con un apéndice bibliográfico de otras 40 páginas y un cuadro cronológico de 21. Queda, pues, muy claro que mi pequeño análisis no puede competir, en ningún caso, con el de Rodríguez Puértolas, ni siquiera pretende intentarlo. De ahí que en líneas anteriores haya planteado un sencillo propósito: captar unas pinceladas que permitan una rápida aproximación a las formas de vida y a las mentalidades de las clases medias y populares de este Madrid del Sexenio, magistralmente descrito, como ya se ha comentado, por Galdós, pudiendo utilizarse la obra literaria como fuente de historia social, o de historia de la sociedad –como denominan los franceses a este tipo de investigación– cubriendo huecos que la documentación de archivo no alcanza a llenar.

2. El Madrid galdosiano

Este Madrid mesocrático al que ya me he referido y que se organiza en torno a una burguesía comercial, con un buen pasar, va evolucionando desde finales del siglo XVIII hasta el momento crucial de la novela, es decir el Sexenio Democrático. Las familias que integran el grupo de los comerciantes se perpetúan en el tiempo, consiguiendo un enriquecimiento paulatino y pausado que se inicia en tiempos de Carlos III, pasando los negocios de padres a hijos, aumentando el prestigio y el capital, y constituyendo auténticas dinastías dedicadas a la venta de productos de consumo, en muchos casos de artículos de lujo, con una clientela fiel, que es considerada más en consonancia con unas coordenadas de amistad que de demanda activa. Este desarrollo no sólo se plasma en el crecimiento del propio comercio sino en el traslado del mismo de calles céntricas pero de menos categoría, como puede ser la calle de la Sal, a otras igualmente comprimidas en el centro de la Villa pero de mayor prestigio o, al menos, con un marchamo más adecuado a las clases acomodadas, como la calle Postas o, mejor aún, en años posteriores, la plaza del Marqués de Pontejos.

Aumenta el potencial económico del comercio madrileño, que se va transformando con el paso del tiempo. La nueva tecnología se incorpora a almacenes y escritorios: los primeros mecheros de gas se instalan allá por el medio siglo, invalidando el “famoso velón de cuatro luces”¹. Cambia la ciudad y cambian los gustos de la

¹ PÉREZ GALDÓS, Benito: *Fortunata y Jacinta*, Madrid, Akal, 2005, p. 344.

gente. Las distancias disminuyen. “Madrid se coloca, por arte del vapor, a cuarenta horas de París”². Ha llegado el ferrocarril. Se desechan los alegres géneros de China. Se van los pañolones de Manila, “aunque el pueblo, con instinto de colorista y poeta, defendía la prenda española como defendió el parque de Montealeón y los reductos de Zaragoza”³. La moda llega de París. Los colores se oscurecen. La sociedad quiere presumir de seria y utiliza los medios tonos en el vestir. “Las señoras no se tienen por tales si no van vestidas de color hollín, ceniza, ... verde botella o pasa de corinto”⁴, y los comercios que no evolucionan acaban por cerrar sus puertas.

La familia de los Santa Cruz, arquetipo de la clase media acomodada, vive en casa propia en la calle de Pontejos, ocupando, como no podía ser menos, el piso principal, con doce balcones a la calle y “mucho comodidad interior (...). La casa era tan grande que los dos matrimonios vivían en ella holgadamente y les sobraba espacio”⁵. Los Santa Cruz están abonados a un landó, con el que van a los paseos, y a un palco en el Real. Tienen servicio; reciben amigos; a los almuerzos, generalmente, asisten convidados, muchas veces, numerosos. Galdós presenta pues, ante sus lectores, una descripción de la familia Santa Cruz con todas las características específicas de la burguesía comercial de Madrid, que no cuenta con una inmensa fortuna, pero que vive con gran holgura y sin ningún tipo de problemas económicos.

Frente a este Madrid mesocrático, y como ya se ha dicho, a tiro de piedra, existía un Madrid popular, bullicioso, colorista, visitado por las damas caritativas. Es lo que Galdós define como El Cuarto Estado⁶, denominación muy acertada para ese pueblo que, aunque en el Antiguo Régimen estuviera inserto en el tercer brazo estamental, su situación le apartaba del resto, creando un grupo aparte. La calle de Toledo, bulliciosa y llena de tenderetes que estrechaban el paso –incrementando la presión del hormiguero humano que subía y bajaba por unas aceras prácticamente intransitables– constituía una de las arterias principales de los tradicionales barrios populares madrileños. Las casas de corredor de la calle del Bastero, contaban con patios cuadrilongos, rodeados de galerías en dos alturas, con palastrones de madera y ropa tendida, donde pululaban los chiquillos, la mayoría de ellos sin escolarizar. En el corredor se encendían los braseros, o se acomodaban los cántaros de agua. Desde esta zona se pasaba, subiendo unos escalones, a un segundo patio, “mucho más feo, sucio y triste que el anterior”. Los dos patios pertenecían al mismo dueño pero con una clara disparidad social, porque dentro del pueblo llano también había grupos con distinta gradación. El vecindario de este segundo patio era mucho más mísero que el del primero que estaba habitado por gente trabajadora que vivía con estrecheces pero con una cierta dignidad. Sin embargo, el de la segunda zona –con maderas despintadas y roñosas, el aire más viciado y los olores de la pobreza extrema más evidentes– lo formaban elementos marginales de la sociedad que se hacinaban en habitáculos mugrientos; incluso los chavales mostraban ya las marcas de la miseria.

² Ídem.

³ *Ibidem*, p. 345.

⁴ Ídem.

⁵ *Ibidem*, p. 412.

⁶ *Ibidem*, p. 464.

Era una manada de salvajes, compuesta de dos tagorotes como de diez y doce años, una niña más chica y otros dos chavales, cuya edad y sexo no se podía saber. Tenían todos ellos la cara y las manos llenas de chafarrinones negros hechos con algo que debía ser betún...⁷

Y, por supuesto, también sin escolarizar.

Este Madrid era ajeno a los vaivenes de la política del Sexenio. No se planteaban quiénes formaban gobierno, o qué pasaba en la Corte. Sólo sobrevivían, en muchos casos llenos de rabia por no poder alcanzar una situación que transformara, aunque fuera mínimamente, su desdichada vida, sin horizonte alguno.

Los que sí se ocupaban de la política que se desarrollaba en la capital eran los caballeros de clase media como Juanito Santa Cruz y sus amigos. Alborotarán en la Noche de San Daniel; comentarán los lances de la llegada del Sexenio. Cuando Amadeo de Saboya se marche, la noticia alarmará no sólo a los jóvenes sino a todo el grupo de comerciantes madrileños:

Oíase desde el gabinete rumor de un hablar vivo, y la mezclada agitación de varias voces, entre las cuales se distinguían claramente las de Juan, Villalonga, y Zalamero que acababan de entrar. (...)

-Que don Amadeo, cansado de bregar con esta gente, tira la corona por la ventana y dice: "Vayan ustedes a marcar al Demonio".⁸

Sin embargo, lo que más obsesionaba a todos era la Bolsa de Valores, con la consiguiente falta de confianza en el futuro de la economía. En días posteriores, sobre todo los jóvenes, discutirán los discursos de Castelar, de Salmerón y se reunirán para "vigilar" el golpe de Pavía. Pero cuando llegue la Restauración, los comerciantes madrileños se sentirán muy contentos con el nuevo Rey, habiendo pasado ya los "sustos" de la república: "Aquel día había entrado en Madrid el Rey Alfonso XII y don Baldomero estaba con la Restauración como chico con zapatos nuevos. Barbarita también reventaba de gozo"⁹.

El Madrid burgués se preocupaba de la política pero no intervenía en ella y, en cualquier caso, lo que sí intranquilizaba, verdaderamente, a estos comerciantes que habían conseguido "un capitalito" con sus transacciones, era saber colocarlo de forma segura y sin sobresaltos derivados de los cambios en el gobierno.

3. Las formas de vida de la sociedad madrileña

Buena parte de las novecientas páginas de la novela son un espejo que refleja no sólo las calles y las plazas de Madrid, así como sus casas y a los que las ocupan, sino que constituyen un valioso documento sobre las formas de vida cotidiana tanto del grupo social en el que en el que se integra Jacinta y familia, como del que arropa a Fortunata, dejando nítidamente expuestas las graves diferencias económicas pero, también, las derivadas del uso del lenguaje y de las costumbres. Esta disociación lo

⁷ *Ibidem*, p. 471.

⁸ *Ibidem*, p. 432.

⁹ *Ibidem*, p. 816.

que plantea es la dificultad de la permeabilidad social. Las clases madrileñas no están separadas geográficamente, como ya se ha visto; son sus mentalidades divergentes y sus hábitos, alejados en la forma y en el fondo, lo que impide su aproximación. La nobleza cortesana apenas se mezcla con los burgueses. Las clases medias acomodadas, vinculadas al comercio madrileño de cierta entidad, forman un grupo muy cerrado, mientras que las clases medias bajas no alcanzan a relacionarse plenamente ni con los “de arriba” ni con las clases populares. El “tercer estado” del Antiguo régimen se ha fragmentado de tal forma que no es posible recomponerlo. La sociedad de clases es un hecho.

A través de la lectura de *Fortunata y Jacinta*, vemos cómo los comerciantes madrileños se ocupan personalmente de sus negocios, acuden a tertulias, y son cuidados con esmero por sus esposas. Por su parte, estas últimas atienden a la organización de la casa, en la que existe un servicio que realiza el trabajo duro; acuden al mercado habitualmente –después de haber asistido a misa, acto éste que se convierte no sólo en un rito religioso sino en una costumbre de claro matiz social–; cuidan la presentación de la mesa tanto a la hora del almuerzo como de la cena –especialmente si hay invitados, hecho bastante frecuente– y, por la tarde, van de compras; visitan a los menos favorecidos, ejerciendo la caridad, dentro de la más pura ortodoxia católica; salen a pasear en coche, siempre acompañadas por los varones de la casa o reciben en sus salas, a las visitas más allegadas.

Algo que llama la atención en *Fortunata y Jacinta* es el hecho de que las funciones religiosas: misas solemnes, novenas, triduos, etc. no formen un elemento imprescindible para la vida cotidiana femenina. No son, en ningún caso, la excusa de la mujer burguesa para salir de casa sin ser acompañada por los hombres de la familia; las damas acomodadas del Madrid del Sexenio no organizaban su vida de acuerdo con el ritmo de la parroquia, ni del convento vecino. En las pequeñas ciudades de provincias, cuya vida se describe maravillosamente en otras novelas de la época –recordemos, por ejemplo, *La Regenta*– la vida social, especialmente la de la mujer, se articula en torno al culto parroquial o catedralicio. La Misa Mayor de los domingos es un auténtico acto social al que acuden incluso los varones. En *Fortunata y Jacinta*, Galdós nos informa de la asistencia a misa diaria, en San Ginés, de Barbarita, donde encontraba a Estupiñá que le serviría de “paje” en sus compras posteriores, ya fueran en el mercado o en las tiendas del vecindario. Pero en ciertos diálogos aparece un punto de irrespetuosidad:

La señora rezaba en voz baja, moviendo los labios. (...) Después de un gran rato de silencio, consagrado a las devociones, Barbarita se volvía a él diciéndole con altanería impropia de aquel santo lugar:

“Vaya que tu amigo El Sordo nos la ha jugado buena”

—¿Por qué, señora?

—Porque te dije que le encargaras medio solomillo...¹⁰

¹⁰ *Ibíd.*, p. 420.

Y después de enfadarse con Estupiñá, volvía a sus rezos. Claro ejemplo de una falta total de devoción.

¿El proceso de descristianización sufrido por el elemento masculino, de ideas liberales, a lo largo del siglo y, especialmente, en estos años del Sexenio, habría contagiado, en cierta medida, a las damas burguesas de la capital? La única que parece realmente devota y preocupada por la religión y la caridad es Doña Guillermina a la que el autor denomina *la rata eclesiástica*, precisamente por ser diferente a las demás. O bien, ¿es que Galdós no considera ya peligrosa la influencia de la clerecía en la mujer a través de la confesión o el púlpito? Sería necesario llevar a cabo una investigación sobre el tema, habida cuenta de que en la Restauración vuelve a surgir, como a lo largo del período isabelino, la importancia de los actos religiosos en la vida femenina.

Galdós sí describe, y ampliamente, la labor de adoctrinamiento de las monjas del convento de las Micaelas, dedicadas a reformar a las mujeres marginadas, especialmente del pueblo llano, para que cumplan con las reglas más estrictas dictadas por la religión pero, sobre todo, por la sociedad. En este sentido la religión sería utilizada como freno a las actitudes poco ortodoxas de las mujeres levantiscas, transgresoras de las normas sociales.

Las formas de vida de las familias acomodadas no guardan ninguna relación con las de las clases populares, ni siquiera con las de las clases medias bajas. En casa de Doña Lupe, viuda de un alabardero, había una pequeña sirvienta, lo que determina un cierto nivel económico, pero la dueña de la casa estaba permanentemente preocupada por el dinero, ejerciendo de prestamista, e incrementando así su escaso patrimonio. En el hogar “instruía” a la criada, incluso de forma algo violenta, e intentaba controlar la vida de los demás. Al morir una tía materna de sus propios sobrinos, los Rubín, tendrá calculado hasta el monto de la herencia que éstos deberán recibir. Los hermanos Rubín, eran tres, y trabajaban tras la muerte de su padre, por necesidad, pero contaban con una educación superior a la de las clases populares, lo que les situaba por encima de ellas, aunque sus bienes fueran muy escasos. Uno de ellos era cura, por influencias familiares, otro agente comercial y un tercero estudiaba Farmacia. Sus vidas son rutinarias, con problemas económicos, trabajando para otros y utilizados por los de arriba, lo mismo que pasa con Estupiñá, perteneciente al mismo grupo social. Por tanto, estos arquetipos descritos por Galdós como representantes de las clases medias bajas, viven al amparo de las clases acomodadas, pero explotados por ellas.

Las páginas que el escritor canario dedica a las clases populares madrileñas son las más coloristas de toda la obra, reflejando su carácter alegre, aún cuando su situación no fuera desahogada ni feliz¹¹. Entre los grupos descritos no aparecen apenas elementos del proletariado, confirmando que Madrid, en esos años, no era precisamente una ciudad industrial. Estas clases populares pertenecen a los restos de un mundo artesanal deteriorado, al sector servicios –miseros comerciantes de los mercados, vendedores de pollos, taberneros–, algunos albañiles y,

¹¹ Véase el interesante estudio que, sobre las clases populares descritas en la novela, desarrolla Julio Rodríguez Puértolas en su Estudio Preliminar.

entre las mujeres, sobre todo vendedoras de los mercados, costureras, criadas, prostitutas y madres que arrastraban tras de sí una caterva de chiquillos famélicos y sucios, que correteaban por la calle, en hora de escuela. Muchas de estas mujeres trabajaban en casa y en algunos patios surgían ruidos inequívocos de actividad artesanal:

Pasaban por un domicilio que era taller de zapatería, y los golpazos que los zapateros daban a la suela, unidos a sus cantorios, hacían una algazara de mil demonios. Más allá sonaba el convulsivo tiquitque de una máquina de coser...¹².

Las representantes femeninas más destacadas en la novela como ejemplos de estos grupos heterogéneos de gentes miserables son, evidentemente, Fortunata y Mauricia *la dura*. Ambas proceden de niveles sociales muy bajos, son prácticamente analfabetas y llevan una vida muy dura que acabará con la muerte. Y aquí cabría hacerse una nueva pregunta: ¿ambas mueren porque Galdós refleja una sociedad que aniquila a los marginados? O, por el contrario, al tratarse de mujeres de mal vivir ¿deben ser castigadas con la muerte como respuesta a sus pecados? ¿Es el escritor, por propia voluntad, quien, como muchos otros de su época –recordemos a Eça de Queiroz o al propio “Clarín”– castiga, en su relato, a la mujer transgresora de las normas sociales y deja en la impunidad al varón igualmente transgresor o, simplemente, describe la realidad circundante?

Fortunata y Mauricia son mujeres que intentan trabajar pero acaban en la senda de la prostitución e, incluso, internas en Las Micaelas, institución para muchachas descarriadas, aunque por distintos motivos. Es una vida dura y sin horizontes.

4. La mentalidad femenina en las relaciones de género

Como ya he comentado más arriba hubiera sido deseable un análisis profundo de esta importante novela pero sólo he podido apuntar algunas cuestiones. Sobre el estudio de las mentalidades colectivas, para el que la literatura es muy valiosa, he tenido que escoger un enfoque determinado para realizar una aproximación muy sucinta pero que puede abrir vías de investigación para el futuro. Me refiero a la mentalidad femenina en las relaciones de género. Galdós lleva a cabo un verdadero ejercicio de observación de las diferencias que existen entre la mentalidad colectiva de las mujeres de clase media y la de las clases populares, explicitándolas en dos ejemplos específicos: Jacinta, arquetipo de las clases acomodadas y Fortunata, modelo de mujer perteneciente al pueblo llano.

El matrimonio es algo distinto para cada una de ellas. Para Jacinta se trata del vínculo que le permitirá desarrollar su amor dentro de las más estrictas normas sociales y morales. Para Fortunata no es otra cosa que aquello que la transformará en una “mujer decente”.

¹² *Ibidem*, p. 469.

¡Un hogar honrado y tranquilo!... ¡Si era lo que ella había deseado toda su vida!... (...) Estas cosas daban a Fortunata alegría y esperanza, avivando los sentimientos de paz, orden y regularidad doméstica que habían nacido en ella. Con ayuda de la razón, estimulaba en su propia voluntad la dirección aquella, y se alegraba de tener casa, nombre y decoro¹³.

El amor para Fortunata es puro sentimiento que la lleva por la senda de la perdición y, finalmente a la muerte. Para Jacinta es, primero el perdón al marido díscolo y luego el perdón a su rival, para acabar desarrollando sus gozos maternos, en el hijo de otra. Fortunata respeta a la mujer de su amante pero se pelea físicamente con la nueva querida de Juanito Santa Cruz, defendiendo su amor por las bravas y llegando a sacrificar su vida por ello. Jacinta se deja convencer por el veleidoso marido y acepta creer todo lo que él le dice, porque quiere creerlo. Finalmente, Fortunata hará el mayor sacrificio de su vida, entregar su hijo a Jacinta y ésta, comprendiendo la verdadera condición de su esposo, dedicará todo su cariño al hijo de otra. Para ambas el amor es dañino. Sus relaciones de género son negativas. En los dos casos Juanito Santa Cruz, prototipo del joven de clase acomodada, las utiliza; por lo que se refiere a Fortunata, para satisfacer sus deseos carnales, dejándola por otra cuando ya no la necesita; en el caso de Jacinta, para tener en el hogar una esposa amable que le atienda, le cuide en la enfermedad y le perdone sus infidelidades ya que éstas no deben influir en su vinculación matrimonial, porque el varón tiene sus apetitos, totalmente aceptados por la sociedad. Sólo en el caso del marido de Fortunata, Maximiliano Rubí, se unen amor y matrimonio. Un amor “*misionero*” que pretende redimir los pecados de su esposa. El final de Maxi es clarificador. Algo tan alejado de lo que es habitual en el último tercio del siglo XIX, sólo puede significar locura. En la última página de la obra, Maxi entra en el manicomio de Leganés.

5. Breves conclusiones

La estampa de Madrid, su geografía urbana, sus habitantes, los usos y costumbres de los distintos grupos sociales que integran la Villa y Corte descritos por Galdós en *Fortunata y Jacinta*, nos permiten conocer mejor la sociedad madrileña del Sexenio, pero, también, podemos ver la evolución de la mente analítica del autor.

Fortunata y Jacinta no es sólo una obra realista, donde Galdós funciona como un experto testigo de su época, sino que permite ver el proceso de las distintas corrientes culturales de este final de siglo. La novela se termina en Julio de 1887 y en ella aparecen rasgos claramente naturalistas, pero también de un futuro irracionalismo: el recurso a lo onírico –apenas esbozado pero ya presente en la trama literaria con la descripción de los sueños y las pesadillas de los personajes–; el análisis permanente de los sentimientos y de la búsqueda de la propia identidad confieren a la obra un matiz psicológico que permite pensar en la recepción, en los círculos literarios, de la novela rusa, y su influencia en la producción novelística española. El positivismo ini-

¹³ *Ibidem*, p. 736.

cia su declive. El pesimismo y su consecuencia: el simbolismo, han cubierto una etapa –los ochenta– pero se inician nuevas corrientes que se perciben ya en *Fortunata y Jacinta* y que se afianzarán en obras posteriores como *Nazarín* o *Misericordia*. Existe un abismo entre la forma de aproximarse a la realidad en *Doña Perfecta* –fiel reflejo del realismo de los años setenta– y la novela que hemos intentado analizar, de forma esquemática y muy somera, por los motivos ya explicados. La evolución de Galdós a lo largo de su producción literaria, aporta datos notables para la comprensión de esa etapa “fin de siglo” tan rica en nuevas formas culturales¹⁴.

La obra literaria nos permite, por consiguiente, no sólo captar la organización de la sociedad, sus formas de vida y las mentalidades colectivas de los distintos grupos que la integran, utilizando al autor como testigo de la realidad que describe, sino detectar las distintas corrientes culturales que se suceden en el tiempo, y que influyen inevitablemente en su trabajo, estudiando los rasgos esenciales de la obra del autor en su totalidad, y observando su evolución.

¹⁴ Véase LANGA LAORGA, María Alicia: “Mentalidad y novela. Una reflexión sobre la postura de ciertos intelectuales a la altura de 1895”, en FUSI, Juan Pablo y NIÑO, Antonio (Eds.): *Antes del “Desastre”: Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, Madrid, Departamento de Historia Contemporánea, UCM, 1996.

